



Misión del filósofo en la sociedad globalizada

Nelson Pilosof¹

¹ Licenciado y Profesor de Filosofía. Académico, escritor, conferencista, poeta, periodista y empresario. Presidente del World Trade Center Montevideo, Uruguay. Ver más en nuestro link de Autores.

Desde que el hombre desarrolló la capacidad de pensar racionalmente, junto a sus necesidades inmediatas de supervivencia, comenzó a formularse preguntas ante los enigmas básicos que lo acucian desde siempre. El misterio del origen y destino del cosmos, el sentido de la vida y de la muerte, el lugar del hombre en el universo, entre muchos otros.

Muchas respuestas se dieron en el marco religioso, y trajeron cierto sosiego a las inquietudes imposterables, impulsadas por la relatividad de la condición humana. Inclusive los testimonios artísticos y las costumbres de esos tiempos nos traen vestigios de aquellas vivencias personales y colectivas.

La filosofía propiamente dicha, como disciplina, encontró en la cultura de la Grecia antigua sus primeros y sólidos cimientos, que dieron lugar a una trayectoria creativa de pensadores que integran la Historia de la Filosofía. Se consolidó así una continuidad académica y cultural que ha considerado a los filósofos como factores valiosos de las sociedades de todos los tiempos.

Sin embargo, las preguntas filosóficas y muchas respuestas frecuentan el pensamiento humano porque la razón piensa filosóficamente, aun cuando no se tenga una formación filosófica como disciplina intelectual. El hombre no puede dejar de pensar filosóficamente. Negar la filosofía es también una respuesta filosófica.

Hay temas y cuestiones filosóficas que son permanentes, eternas. Se basan en la necesidad de entender racionalmente, y comprender emocionalmente el por qué de todo cuanto es, y el significado de su razón de ser. Y al propio tiempo, de encontrar las formas y fundamentos valorativos de la convivencia interhumana y de sus responsabilidades consiguientes.

La Ciencia estuvo mucho tiempo incorporada a la Filosofía. Luego se separaron, aunque mantengan una estrecha vinculación. La ciencia busca responder de

modo incontrovertible cómo todo es como es, y cuáles son las leyes que lo rigen. La filosofía intenta responder por qué todo es como es y qué sentido tiene que así sea. También trata de encontrar el fundamento del deber ser, que es exclusivo del hombre de todos los tiempos.

Opinamos que una de las misiones fundamentales del filósofo es pensar correctamente, y contribuir a que otros piensen correctamente también. No basta con tener la capacidad de pensar. Es indispensable sujetarse a las leyes de la Lógica, para pensar correctamente, es decir, tratando de no dejarse desviar hacia el error. Esto es, de orientarse dentro de la verdad y hacia la verdad. No es suficiente con tener buena voz para ser un buen cantor.

Es necesario aprender a cantar. Para ello se debe cultivar una serie de capacitaciones, que educan la forma de usar la voz, y permiten lograr resultados de excelencia.

Cuando se trata de la Filosofía, saber pensar no sólo es incuestionable para cultivar esta disciplina. Por tratarse justamente de la Filosofía, saber pensar adecuadamente es compromiso que el filósofo asume ante sí mismo y contribuye a cultivarla en la sociedad. Pensamos que ésta es una de las responsabilidades permanentes de todo filósofo. Es un aporte a la comunidad de su tiempo. Es una contribución para lograr que, pensando adecuadamente, las personas se sientan mejor y convivan mejor.

Pero hay también otras misiones que esperan la respuesta del filósofo. La manera de convivir. Es la incorporación de los valores a la reflexión filosófica. Su esencia, la manera cómo se revelan a la conciencia humana, su incorporación al proceso de la voluntad que conduce a la toma de decisiones responsables, su insustituible papel para la edificación y consolidación de la libertad de la persona.

Todo filósofo, por ser humano, vive su propio tiempo, y en su tiempo. Nos permitimos considerar que, además de lo permanente, el filósofo debe saber interpretar el tiempo que vive y el tiempo en que le toca vivir. De esa manera está más integrado a la sociedad, y no se apoya en el cómodo pedestal de juzgar a distancia la circunstancia de su época, y de la que forma parte insoslayablemente.

En otras palabras, el verdadero filósofo es aquel que siente el compromiso no sólo ante su propia vocación filosófica, sino ante las personas concretas y ante la sociedad de la que forma parte. Cuando calla la voz del filósofo, la sociedad interhumana queda huérfana de un aporte fundamental para ser mejor y entender mejor. Lo que corresponde aportar al filósofo, nadie puede aportarlo en su lugar. Quien primero debe entender esta misión fundamental es el propio filósofo. Pero la sociedad y quienes la gobiernan, no pueden privarse ni permitir que falten voces filosóficas comprometidas que resuenen en las conciencias de sus integrantes.

Todo sistema educativo debe otorgar sitio fundamental a la enseñanza de la filosofía. Todos los profesores de esta disciplina deben saber enseñar a pensar y a formar la conciencia de valores de sus educandos. Como ha sido desde su origen, la filosofía es la madre de todas las ciencias. En la sociedad que la excluye o le concede un lugar intrascendente, hay una ausencia cultural por la que se paga un alto precio. De modo prioritario, la filosofía debe enseñarse en un clima de libertad pedagógica. La filosofía flechada en una sola dirección, deja de ser filosofía para transformarse en dogma. Es una negación de la filosofía en sí misma. En filosofía no hay acatamiento por disciplina, sino libertad por sí misma y para asegurar que esté vigente y se promueva siempre por quien enseña y para quien aprende. La sociedad general será así altamente beneficiada.

Los tiempos en los cuales les toca ahora vivir y actuar al filósofo, están inmersos en la globalización. Proceso histórico que no tiene antecedentes ni muchos referentes en los tiempos ya vividos. Asistimos a una transformación cultural e histórica surgida por el desarrollo de las ciencias y de las tecnologías, y producto del propio devenir de la civilización occidental. Se está irradiando y proyectando a todas las sociedades, en tiem-

pos y formas distintos, pero penetrando irreversiblemente la vida de los pueblos y de sus personas. Estamos en la era de la predominancia de la tecnología.

El filósofo de la globalización debe aplicar sus pautas y criterios para tratar de entender estos cambios acelerados, sustanciales y estructurales que están afectando la vida de cada quien.

◆ “Necesitamos filósofos que se comprometan, que no se conformen únicamente con su ‘mundo académico’ y se sustraigan de la responsabilidad de pensar y actuar en la sociedad real de todos los días, contribuyendo a impedir que se deteriore la condición humana, y que los individuos que produce esta sociedad global sean personas conscientes, libres, responsables, cuyas metas no sean solamente lograr ‘bienestar’, sino que se animen a aspirar legítimamente el logro de la felicidad”.

En sus reflexiones debe comprender, y hacer comprender, la forma en que esta transformación está incidiendo en el destino del hombre en el planeta y en sus vidas personales. Debe ayudar a sus contemporáneos a reflexionar en medio de la creciente vorágine de los acontecimientos, para tratar de preservar su mundo interior y adecuarlo a nuevas formas de convivencia.

La condición temporal del hombre, el sentido y significado que el tiempo tiene en cada existencia concreta, se encuentran ante nuevos parámetros, para los que no estaba preparado. El tiempo actual corre de manera vertiginosa e impone su ritmo acelerado a la vida misma. Es preciso entender este impulso, a veces frenético, que nos arrastra a nuevas maneras de encarar la existencia. No podemos frenar ese

ritmo, pero tal vez podamos aprender a conducirnos de manera más eficiente y controlada. No es tarea fácil. Pero no asumirla equivale a dejarse llevar por la vorágine, y pagar las consecuencias de no haber aprendido a adaptarse a los tiempos que nos toca vivir.

Aparecen también nuevos desafíos y oportunidades que pueden ser muy valiosos para la vida humana. Hay también riesgos y peligros serios que acechan como nunca al hombre, y para enfrentar los cuales hay comprensible incertidumbre y mucho miedo.

Es alarmante el avasallante proceso de despersonalización que significa la masificación del hombre moderno, la penetración irreverente en la intimidad personal, el relativismo en la moral y las costumbres de convivencia, la politización de todos los sectores no políticos de la vida individual y colectiva, la agresividad como estilo tolerado, la desconfianza como punto de partida en las relaciones interhumanas, la erosión de las identidades culturales, el retorno impúdico al racismo, el daño irreversible del medio ambiente, y tantas otras

patologías de una sociedad desconcertada ante el ritmo acelerado y desorientador de los tiempos que vivimos.

Sobre todos estos temas acuciantes y angustiantes, el filósofo tiene una misión especial a cumplir, sin postergaciones y con coraje. Nadie podrá cumplir este papel en su lugar.

Necesitamos filósofos que se comprometan, que no se conformen únicamente con su 'mundo académico' y se sustraigan de la responsabilidad de pensar y actuar en la sociedad real de todos los días, contribuyendo a impedir que se deteriore la condición humana, y que los individuos que produce esta sociedad global sean personas conscientes, libres, responsables, cuyas metas no sean solamente lograr 'bienestar', sino que se animen a aspirar legítimamente el logro de la felicidad. Y, como siempre ha sido, la felicidad es una meta legítima de la condición espiritual del ser humano.

En la sociedad globalizada, el filósofo está llamado a ser uno de los arquitectos fundamentales capaces de contribuir a la edificación de una comunidad de gente libre, justa, fraterna, generosa donde reine la pacífica convivencia y el respeto a las necesarias diferencias que han existido y van a seguir existiendo entre las personas.

Es un difícil pero maravilloso desafío que estos tiempos colocan ante los filósofos. Tienen la gran oportunidad de caracterizar esta época como una de las principales en el desarrollo histórico y el destino de la Filosofía.

Cómo responder a este reto depende de cada filósofo y del lugar que le reconozcan sus contemporáneos.

La gran misión del filósofo de nuestros días es asumir a conciencia la trascendente tarea de ser uno de los artífices de la humanización del hombre.

